

cuarenta años con edificación aquella grey, la que supo conservar sana y salva durante la rigurosa persecucion de Domiciano. Era conocido el mérito de Ignacio desde su Iglesia en todo el Oriente, y su autoridad mantenía constantes á todas las sociedades cristianas de aquellas provincias contra las tentativas de los falsos hermanos. Pero habia formado de sí el mas humilde concepto al mismo tiempo que se hallaba colmado de gloria, y se reputaba indigno del martirio que era el blanco de todos sus deseos desde el momento de su conversion, y con especialidad desde que con sus exhortaciones animó á una multitud de Confesores á padecerle en dos persecuciones consecutivas.

Trajano, despues de haber vencido á los Dácios y á otros bárbaros del Norte, quiso tambien triunfar de los Partos con cuyo fin se encaminó al Oriente en el año octavo de su reinado que corresponde al 106 de Jesucristo. Receló entonces Ignacio, sabiendo el respeto del Emperador á los dioses que imploraba en su auxilio en tan crítica espedicion, que fuese inquietada su Iglesia, una de las mas célebres del Imperio, desde la cual se habia difundido por todas las demás el nombre Cristiano. El caritativo Pastor, en el instante en que Trajano pisó á Antioquía, tomó la resolucion de sacrificarse él mismo para preservar sus ovejas; porque estaba convencido de que aquel Príncipe naturalmente humano se creería asegurado con privar á los Cristianos de su Pastor y cabeza, y seria despues indulgente con ellos el corto

tiempo que permaneciese en Siria. Rehusó retirarse y ocultarse poseido de este pensamiento, y la fama de su nombre hirió al punto los oidos del Emperador que le mandó venir á su presencia.

Este habiéndose presentado el Obispo le dijo con un tono indigno de la Magestad Imperial y de su carácter humano: „¿conque eres tú, infeliz, el que semejante á un demonio maligno, engañas á los ciudadanos, y los conduces á su precipicio haciendo que no obedezcan mis órdenes?” Ignacio le respondió: „nadie hasta ahora ha llamado demonio á Teóforo, que pone en fuga á los diablos, á imitacion de todos los verdaderos siervos de Dios; pero si me dais nombre de espíritu maligno porque soy intolerable á los que lo son, yo me gloriaré con este dictado. Disipamos y desvanecemos los Cristianos todos los prestigios del infierno por la virtud de Jesucristo á quien llevo en mi corazon, aunque está en lo mas alto de los cielos. ¿Y quién es ese Teóforo, replicó Trajano? Ignacio, á quien daban este nombre tan conforme al fervor de su fe y de su caridad, contestó al Soberano: Teóforo es el que tiene en su corazon á Jesucristo verdadero Hijo de Dios. ¿Y te persuades, le dijo el Príncipe, que nosotros no sentimos tambien en nuestras almas el impulso de las grandes divinidades que nos hacen vencer á nuestros enemigos? Veneras como dioses á los demonios que han divinizado los Griegos, respondió el Santo, es un error muy perjudicial. No hay mas que un Dios que crió el cielo y la tierra, y Jesucristo es su hijo único.

¿Jesucristo, replicó Trajano, aquel que fue crucificado en Jerusalem por sentencia de Poncio Pilato? El mismo, dijo Ignacio, pero fueron con él crucificados el pecado y el demonio autor del pecado. ¿Luego tú te glorías de llevar al Crucificado en tu corazón? le respondió Trajano. Me tengo por muy dichoso, repuso Ignacio, en ser contado en el número de los hombres de quienes está escrito en los libros divinos: *Yo habitaré en medio de ellos, y descansaré en su corazón.*

Trajano no podía imponerse mas exactamente en la creencia y en la constancia del acusado; y la estension de este coloquio es una prueba de que la libertad del Doctor de los Cristianos no habia ofendido á aquel Príncipe filósofo. Sin embargo era necesario dar cima á este negocio de tal modo que no se creyese que habia obrado con ligereza el Soberano; y no halló mas arbitrio que pronunciar la sentencia en estos términos: *Mandamos que Ignacio, que se gloria de llevar en su corazón al Crucificado, sea cargado de cadenas y conducido á la gran ciudad de Roma, para que sirva de espectáculo al pueblo, y de pasto á las fieras.*

Acostumbrábase á enviar á la capital los reos mas famosos de las provincias; y como los Cristianos metian ya mucho ruido en el Imperio, se consideró persona de importancia al superior que tenian en la capital del Oriente. Cuando Ignacio oyó la sentencia, exclamó: *gracias os doy, ó Dios mio, de que os hayais dignado concederme el mismo honor que á vuestros*

santos Apóstoles, haciéndome participe de sus trabajos. Oró brevemente por su Iglesia, y presentó sus manos á los soldados para que las cargasen de cadenas.

Conducido á Seleucia para hacerse á la vela, pasó desde allí á Esmirna, navegando con lentitud y con muchas incomodidades por las costas del Asia menor. Padeció tanto en el resto del camino, y se aunaron tan dolorosas circunstancias en el viage, que fueron mas crueles los preparativos del sacrificio que el sacrificio mismo. Los príncipes de las tinieblas parece que se complacian en arrancar á los primeros Pastores del seno de sus hermanos y de sus hijos en Cristo, para que los unos y los otros careciesen de las grandes utilidades que les proporcionaban sus mútuos ausilios. Entregaron á Ignacio á la guardia de diez soldados, por cuya ferocidad y barbarie los miró, á pesar de su heroica paciencia, como á otros tantos leopardos. Acompañáronle sin embargo de estos dos de sus discípulos, Reo Agatópedes de Siria, y Filon Diácono de Cilicia; y otros muchos fieles del Oriente, emprendiendo un camino mas corto, corrieron á esperarle á Roma. Se cree que Agatópedes y Filon escribieron las actas de su martirio.

57. En Esmirna tuvo el consuelo de ver á San Policarpo Obispo de aquella ciudad, que habia sido discípulo de San Juan. Acudieron apresurados los demás Pastores de las Iglesias vecinas á tributarle sus homenajes como si le condujeran á un triunfo. Son los mas conocidos Onesimo de Éfeso, Damas de Magnesia, y Polibio de Tralles, que vinieron en nom-

bre suyo y en el de los fieles de todos aquellos distritos. Sabemos estas circunstancias por las tres excelentes cartas en que el santo Confesor muestra su gratitud á estos pueblos; y son unos de los mas preciosos monumentos de la antigüedad sagrada.

Á pesar de que las impresiones de la Grecia se hacen mas sensibles en las cartas de San Ignacio, que las reglas de la retórica y gramática, no deja de encontrarse en ellas elevacion, nervio y hermosura; pero sus pensamientos son tan profundos que para penetrarlos es necesario meditarlos mucho. Dan á entender el carácter de su estilo, el énfasis y abundancia de los epítetos, y la proligidad oriental de los exordios, que San Ignacio fue originario de Siria y no de Grecia. Muestra en todos sus escritos un extremo horror á todas las doctrinas singulares y á las discordias: recomienda con especialidad el respeto á los escritos y tradiciones apostólicas, y habla en términos tan enérgicos y exactos de la veneracion debida al carácter episcopal, que parecen dictados para confundir á los acéfalos de todas las edades, esto es, á los sectarios que carecen del episcopado y del verdadero sacerdocio. Razon por la cual algunos de ellos, (los oscuros y desmentidos por los sabios) dudaron de la autenticidad de estas epístolas tan justamente veneradas en todos los siglos. Pero si el espíritu de partido y de preocupacion produjo este efecto en algunos críticos de inferior clase, los Doctores mas célebres de todas las sectas confiesan, que no hay en la antigüedad cosa mas respetable,

que las siete cartas escritas por este Santo Mártir durante el curso de su viage, despues de las divinas escrituras.

Encontró en Esmirna, donde le obligaron á detenerse, algunos fieles de Éfeso que iban á Roma en derechura, y habian de llegar antes que él. Dirigió á la Iglesia Romana por medio de estos aquella inestimable carta tan admirada por la nobleza de sentimientos que respira, por el espíritu de fe y de fervor, por la humildad mas profunda, y sobre todo por el deseo ardiente y en cierta manera incomparable de padecer el martirio. Ruega á sus hermanos de Roma, que no pongan obstáculos á su felicidad (1), nombre que da á su muerte; porque teme que á fuerza de dinero ó de ruegos aplaquen al pueblo, ó que despojen á las bestias del anfiteatro de su ferocidad natural por la virtud de sus oraciones, como habia acontecido con otros muchos Confesores. Despues por un espíritu de humildad que puso el sello á todas las demás virtudes que le adornaban, se precavió contra sí mismo á la inconstancia de las voluntades humanas, y les dijo: „Si por desgracia yo os manifestase menos valor, cuando me halle en medio de vosotros no escuchéis de ningun modo la voz de mi flaqueza, y conformaos invariablemente con lo que ahora os pido, despues de bien pensado, y despues de escrito de espacio.” Y para persuadirles con motivos capaces de obligarlos á segundar sus deseos, „he reconocido, añadió, que todas las ventajas de la vi-

(1) *Ep. ad Rom. num. 1. et sig.*

da no lo serian para mí: este es mi pensamiento y esta mi inclinacion, de la cual solo me apartaria por un movimiento ciego de espanto y cobardía, que desde ahora detesto. Cuanto mas lo reflexiono, mas me persuado, que es mucho mejor morir en Jesucristo, que reinar sobre todo el universo: y vosotros mismos no lo negareis."

El Santo llegó al puerto de Troade en las riberras del Helesponto, despues de haber partido de Esmirna, y le instruyeron del buen efecto que habian causado las oraciones que encargó á todos los fieles por la Iglesia de Antioquía. Las discordias y la persecucion fomentada, mas por los falsos hermanos que por la malignidad de los Paganos, cesaron en ella de todo punto. Llenáronle de alegría estas noticias, y nada fue ya capaz de aminorar la idea de la felicidad perfecta que cifraba en su cercana muerte. Escribió sobre este particular á los fieles de Filadelfia y Esmirna, suplicándoles al mismo tiempo enviasen algunos de sus hermanos á Antioquía para el consuelo de aquellas ovejas. Se acostumbraba entonces enviar estas diputaciones de unas Iglesias á otras, y egecutándose con una caridad y prontitud, que admiraba á los infieles como se nota por los escritos de Luciano. La epístola á los de Filadelfia, da á su Obispo (que fue uno de los que visitaron á San Ignacio en el curso de su viage) un digno testimonio de la idea que conservaba de la virtud de aquellos primeros Pastores.

La epístola al santo Obispo de Esmirna, á quien

escribió personalmente, aunque habia dirigido otra carta á su Iglesia, retrata á Policarpo, discípulo inmediato de los Apóstoles, á quien pinta con colores mas hermosos que á todos los demás Obispos. Pone en él su principal confianza San Ignacio, y le recomienda no solo su Iglesia de Antioquía sino todas las del Asia, de las cuales se muestra agradecido hasta el último suspiro. Exhórtale á que las consuele en su ausencia, porque le obligaban á marchar precipitadamente; y con efecto le hicieron luego salir de Troade, y fue despues á desembarcar á Nápoles de Macedonia, desde donde pasó inmediatamente á Filipos.

Inspiró á los Filipenses tan alta admiracion de su doctrina en el corto tiempo que el santo Confesor permaneció con ellos, que enviaron diputados á Policarpo, así para que les diese copia de la carta que habia recibido de Ignacio, como para recoger por su medio todas las demás que este ilustre Doctor hubiese escrito, pues no les cabia duda de que como tan antiguo y constante amigo del santo Obispo de Antioquía, poseeria sus escritos ó á lo menos noticia de ellos. Tales eran la hambre y sed de la justicia tan recomendadas por el Salvador en aquellos dichosos tiempos. Pudo con efecto San Policarpo satisfacer el deseo de los Filipenses, y de este modo se ha conservado hasta nuestro tiempo esta parte tan inestimable de la antigua tradicion. Fueron tan respetadas las cartas de San Ignacio que por espacio de mucho tiempo se leían en la Iglesia como las de los Apóstoles.

Solo merecen contarse por auténticas las siete que hemos referido , á pesar de que se han atribuido otras muchas á este santo Mártir : y aun estas por la infidelidad ó descuido de los copiantes permanecieron largo tiempo con notables alteraciones. Pero al fin recobraron su pureza de un modo del que no pueden sospechar los enemigos del catolicismo , porque trabajaron en restituírsela á mas de otros dos doctores protestantes , no obstante de que ellas dan tantas armas en favor de la perpetuidad de la fe sobre el Sacramento del Orden , y sobre otros puntos no menos combatidos por las sectas modernas. Descubiertas por Userio en Inglaterra dos copias de una antigua traduccion latina de estas epístolas , y por Isaac Wosio un manuscrito griego en la biblioteca de Florencia, se encontró el testo original en un todo conforme á la version británica , y á las citas de San Ignacio hechas por los antiguos.

Desde Filipos condujeron á este santo Obispo por tierra hasta la ciudad de Durazo , situada en la costa del mar Adriático. Embarcóse allí , tomó el rumbo por el mar de Toscana , y prosperando el cielo los deseos del Mártir , aportó en pocos dias á la embocadura del Tiber. Contrastaban en extremo las disposiciones de Ignacio con las de sus compañeros de viage y las de todos los fieles. Luego que los de Roma tuvieron el primer aviso de su llegada salieron á recibirle , y mostraron muchísimo regocijo de verle ; pero en breve no pudieron contener sus lágrimas y suspiros al considerar que solo le recibian para perderle

luego. El Santo se esforzó en consolarlos y animarlos , como si ellos fueran los que habian de padecer. Reprendió con viveza á algunos que consultando solo su cariño proponian ganar al pueblo idólatra , á fin de que pidiese desde el anfiteatro la vida del anciano venerable , como lo habia hecho con otros. Amonestó estrechamente á todos á que le profesasen un amor menos mundano y mas ilustrado , y que no le arrebataren la corona en el mismo instante de conseguirla. Díjoles de viva voz mucho mas de lo que les habia escrito desde Esmirna ; y sin dejarles tiempo para salir de su admiracion se hincó en medio de ellos , rogó por la prosperidad de la Iglesia y el fin de la persecucion , y por la caridad fraterna que tantos motivos tenia para desear sobre todo , y levantándose despues con ligereza siguió á sus guardias , marchó á paso acelerado y llegó al anfiteatro.

58. Apenas entró en él oyó á los leones que daban espantosos rugidos ; y la proximidad del peligro no aminoró la fortaleza y ardor del santo Mártir. Anunciaban por el contrario su semblante y desembarazó una tranquilidad y alegría modesta y apacible , que despreciaba á la muerte. No la esperó largo tiempo , pues en un punto le devoraron los leones sin quedar reliquia de su cuerpo. Esto es lo que habia pedido á Dios , comparándose en su oracion al trigo que debia molerse en los dientes de las fieras , para llegar á ser un pan digno de incorporarse con Cristo ; y así solo se hallaron sus principales huesos , que fueron llevados á su Iglesia. Acaeció este martirio el

dia 20 de Diciembre del año 107, en que se celebraba la fiesta llamada por los Romanos *Sigillaria* (1), en la que mostraron el Santo al pueblo. „Nosotros, dicen los escritores de sus actas (*), estuvimos presentes á esta muerte heroica; pero no pudimos menos de verter un torrente de lágrimas, pidiendo toda la noche al Señor que sostuviese nuestra debilidad.”

59. Sucedió Heron al santo Mártir en la Silla de Antioquia, de donde era Diácono, y residió en ella por tiempo de veinte años. Ocupaba aun la Cátedra de San Pedro al tiempo de su eleccion, San Evaristo, sucesor del Papa San Clemente; á quien algunos autores Eclesiásticos atribuyen el establecimiento de las parroquias de Roma. En su lugar entró San Alejandro, sucedióle San Sixto, y á este San Telesforo, que murió mártir, segun lo afirma espresamente San Ireneo. Aunque este orden de sucesiones es cierto, se ignora el tiempo que vivió cada uno de aquellos santos Papas.

Fue regida la Iglesia de Jerusalem por una serie de seis Obispos, en el espacio de trece años, é ignoramos tambien las épocas de cada uno. Nada demuestra mas claramente el encono de la persecucion de Trajano, que esta rápida mudanza de Pastores, porque el Emperador por humanidad ó por política, al

(1) *Macrob. lib. 1. Sat. cap. 10.*

(*) Estos escritores y testigos oculares del martirio, fueron Filon Diácono Cilicio, y Reo Agatópedes, que habian acompañado al santo Mártir á Roma, y llevaron despues sus reliquias á Antioquia.

paso que perdonaba al pueblo, descargaba con mas crueldad sus golpes contra los primeros Prelados y gefes de las asambleas religiosas. Pertenece á esta misma persecucion el martirio de San Onesimo, Obispo de Éfeso y discípulo de San Pablo.

60. Aunque es cierto que la Iglesia fue perseguida con mas rabia en las provincias Orientales, donde se hallaba el Emperador, no por eso dejaron las demás de producir muchos Mártires (*). Acaeció por

(*) Sin embargo de que algunos modernos se han empeñado en sostener, que en tiempo de Trajano no fueron perseguidos por su Religion los discípulos de Jesucristo; y pretenden que sean apócrifas las cartas que le dirigió Plinio sobre este punto; lo cierto es que dejó por algun tiempo en su vigor las leyes de los antecedentes Emperadores, y que no dejaron de ser martirizados algunos. Y sino ¿á qué fin le hubiera Tertuliano reproducido su injusticia en el célebre argumento de su famosa Apología? Si son culpados, le dice, ¿por qué no los mandas buscar? ¿si son inocentes, por qué mandas los castiguen? Á pesar de esto no nos atrevemos á asegurar con fundamento que hubiese Trajano martirizado á muchos en nuestra España, ó á lo menos á tantos como pretenden los falsos Cronicones y sus Comentadores.

No por esto negamos que hubiese en nuestra España muchos varones ilustres en santidad y doctrina, que merecieron se escribieran sus nombres en el libro de la vida mediante los tormentos y el martirio, no sólo reinando Trajano, sino cuando Adriano gobernaba el Imperio. La moderacion que este Emperador manifestó al principio, se convirtió despues en furor hasta el extremo de querer se perdiera la memoria del lugar en donde fue muerto y sepultado Jesucristo.

Segun asegura el Pontífice Gregorio VII. y dejamos probado, aunque ligeramente, los siete discípulos de Santiago enviados desde Roma por San Pedro con el carácter de Obispos, fueron los primeros que esparciendo por España la doctrina de Jesucristo fundaron con su sangre las Iglesias de que hemos hablado. No

este tiempo la muerte de San Crescencio, discípulo de los Apóstoles, y martirizado en Viena de las Galias; sobrevino también la de San Zacarías su sucesor en la misma Silla, y en las cercanías de Roma la de la ilustre vírgen Domitila, á la que sin respeto de la sangre imperial que corria por sus venas, despojó el pueblo sediciosamente de la vida por odio á su fe. Probable es que San Cesario, célebre Diácono de Tarragona, sufriese el martirio por esta misma época, y que corriesen igual muerte los Santos Zósimo y Rufo, compañeros de San Ignacio, de quienes habla San Policarpo en su epístola á los Filipenses. Afírmase que padeció la pena capital en Filipos San Parmenas, uno de los siete primeros Diáconos instituidos por los Apóstoles, el cual vivia aun en el reinado de Trajano. Fue igualmente sentenciado en la provincia de Pisidia por el Presidente Domiciano, el soldado Zósimo, cuyo nombre es muy célebre en los martirologios griegos y latinos. Por último el mismo

solo es difícil sino también casi imposible establecer el origen y orden gerárquico de las Iglesias españolas, hasta que en tiempo del célebre Concilio Niceno, Osio, Obispo de Córdoba, Legado de la Silla Romana que gobernaba San Silvestre, y Presidente en el mismo Concilio, sin duda solicitó y logró se fijara el orden de algunas Sillas, dividiéndolas segun el orden civil que conservaban. Con todo, la division de Provincias Eclesiásticas atribuida al tiempo del Grande Constantino que mandó juntar el Sínodo de Nicea, se tiene por apócrifa. Sobre punto de tanta importancia no es fácil tratar en unas notas. Véase el Maestro Florez en su España Sagrada tomo 4, en que discute largamente y con mucha crítica todo cuanto en esta materia pueda interesar á los lectores.

Plinio nos refiere en sus cartas que martirizó á muchos Cristianos en Bitinia, mientras fue su Gobernador (1).

La sangre corrió con mas abundancia en Siria desde que San Barsimeo, Obispo de Edesa, sufrió la muerte con San Barbeto y Santa Barbea, á quienes habia convertido: Santa Endoxia consiguió el martirio en Heliópolis de Fenicia. Cuentan los Griegos un sin número de prodigios y de Mártires de aquel tiempo, y entre otros refieren que un ejército entero de Cristianos fue desterrado á la Armenia, por haber rehusado sacrificar á los Dioses del Imperio. Pero estos autores han mezclado, por un celo indiscreto, de tal suerte la fábula con la verdad, que es muy difícil distinguir la una de la otra; y todo lo que se puede afirmar en general es, que el falso celo de Trajano sacrificó en las provincias orientales una multitud de inocentes víctimas, hasta que Tiberiano, Gobernador de Palestina, le representó que no le era posible aterrar con el pavor de la muerte á los adoradores de Cristo, ni aun sentenciar judicialmente á todos los que se presentaban por su propia voluntad á sufrir los tormentos.

61. El Emperador minoró desde Inego las persecuciones, temiendo que se despoblasen las provincias, y despues hizo que cesasen del todo aquellos inicuos insultos en cuanto fuese compatible con la orden que antes habia dado á los gobernantes, de que no buscasen á los Cristianos; y que se concretasen á casti-

(1) *Plin. lib. 10. epist. 97.*